

EDICIÓN ESPECIAL 50 AÑOS

PABLO VIERRI

**LA SOCIEDAD
DE LA NIEVE**

 **Planeta**

Cincuenta años

En 2022 se cumplen cincuenta años de una historia que no tiene punto final, que nunca deja de mostrar nuevas miradas sobre lo que ocurrió en los Andes en 1972, y sobre nosotros mismos, pues el paso del tiempo no opaca esta historia sino, por el contrario, la revive en una constante reinterpretación de los hechos, así como el equilibrio mismo entre la vida y la muerte nunca termina de decantarse del todo.

Tras la publicación de *La sociedad de la nieve* en 2008 seguí conversando con los sobrevivientes, con familiares de quienes murieron, y con otros participantes de la tragedia, como los militares de la Fuerza Aérea Uruguaya que colaboraron en la búsqueda, entre ellos el capitán encargado de la expedición final en enero de 1973 al lugar del accidente, para tratar de buscar indicios que permitieran entender las razones del mismo y enterrar a los muertos.

Lo que ocurrió en los Andes es tan desmesurado que actúa como un lente de aumento resaltando lo relevante y dejando en evidencia lo intrascendente. La primera lección que aprenden los sobrevivientes es como una metáfora: el frío que entra por el boquete de atrás es gélido, pero si se acurrucan para dejar la menor superficie expuesta y, fundamentalmente, si se abrazan, no mueren congelados:

“pégame, soplame la espalda, abrázame, dame calor”, le dicen al de al lado.

A partir de ahí van dejando por el camino todos los prejuicios y mezquindades de la sociedad del llano, que no solo no sirven allí, sino que perturban en una situación catastrófica como aquélla, en el peor lugar imaginable, perdidos, abandonados. Contrariamente a lo que predican las ficciones apocalípticas no hace su aparición la jauría humana, el “sálvese quien pueda”. En lugar de ello asoma el espíritu solidario, donde lo prioritario es atender al más lastimado: la salvación es colectiva, con compasión y misericordia, porque cada vez que uno muere, todos se mueren un poco.

El pacto de entrega mutua cuando deciden que, si mueren, los demás pueden usar sus cuerpos como alimento para que uno o algunos lleguen a la meta, define que saldrán de allí por ellos mismos o en los músculos de sus compañeros. Todos saben que son sobrevivientes y combustible al mismo tiempo. Quienes lleguen a la otra orilla saben que retornarán por los demás y por los veintinueve que ya no regresarán vivos, a cuyas familias deberán contarles lo que sucedió.

El 22 de diciembre, tras pasar abruptamente de la sociedad de la nieve a la del llano, los sobrevivientes demoran en adaptarse, pues traen la primera impregnada en el cuerpo y en el alma, un vínculo que no se desprende fácilmente y que jamás se diluirá del todo: les cuesta dormir en un plano horizontal, les marea el bullicio ininteligible del llano, o les resultan atronadoras las bocinas de la ciudad, pues temen que sean aludes. Ese estado especial hace que al principio solo se entiendan íntimamente entre ellos. Sus familiares hablan de un velo sutil que los envuelve, al principio para protegerse del exterior, pero luego ese velo

cambia de forma, sin diluirse del todo, para preservar esa sociedad intermedia y novedosa.

Algunos, incluso, extrañan abandonar aquel ámbito donde vivieron experiencias radicalmente diferentes. “Cuando nos íbamos, tras el rescate, el avión fue quedando chiquito. Dejaba ahí setenta y dos días de sufrimiento continuo en cuerpo, alma y mente, sin ningún minuto de paz, salvo cuando me moría. Y pensé que algo bueno me llevaba de allá, la paz que encontré debería encontrarla en la vida, y por momentos lo he logrado”, dice Coche Inciarte. Daniel Fernández Strauch nunca quiso regresar al lugar del accidente para que no se desvanecieran algunos aprendizajes que calaron muy hondo y que pretende preservar mientras viva. Gustavo Zerbino lloraba cuando el helicóptero se alejaba, “no sé si de alegría o de tristeza”.

Experimentaron la absoluta incertidumbre, la genuina soledad, y al regresar sienten una eterna gratitud por estar vivos. Son luchadores, no desfallecen, no se resignan. Superaron el miedo convencional y experimentan más intriga que temor, lo que les otorga una seguridad y una confianza en sí mismos singular. Saben, a nivel consciente o inconsciente, que todos tienen una segunda oportunidad, hasta una segunda posibilidad de redimirse.

La cuenta regresiva

Desde el momento del accidente la situación es tan desesperante que se pone en marcha un reloj truculento, y comienza una cuenta regresiva, en una búsqueda enloquecida y a ciegas de la luz al final del túnel, que recién asoma cuando los expedicionarios ven al arriero Sergio Catalán en la precordillera chilena. Hasta ese momento todo es una carrera contra el tiempo, con información

incompleta, un andar a tientas (hasta la salida por el oeste terminó siendo equivocada) siempre balanceándose en la cornisa, en el límite mismo entre la vida y la muerte.

Al momento del accidente murieron dieciséis y quedaron veintinueve con vida. Al final los números se invirtieron, dieciséis vivos y veintinueve muertos. Aprendieron que cuanto más dilataran la salida, más compañeros morirían: por las heridas, por el frío, por inanición, por imprevistos como el alud o, cuando subiera la temperatura en verano, por las terribles infecciones que acosarían sus cuerpos sin defensas, que habían perdido buena parte de su peso, y que habían mantenido a raya en un ambiente congelado de 30 grados bajo cero. Pero al mismo tiempo, si la huida era prematura, el riesgo sería mayúsculo, porque todos podrían sucumbir, como descubrieron con la escalada del día once, cuando dos de los tres expedicionarios, Daniel Maspons y Numa Turcatti, terminaron muriendo.

Piensan que no pueden estar peor, pero aprenden, con el alud del 29 de octubre, que también esto está equivocado: siempre pueden estar peor, están en el fondo de un pozo que no tiene fondo.

La cuenta regresiva operaba para todos: en primer lugar, para los heridos, porque el tiempo se les agota; pero era igualmente acuciante para los expedicionarios, quienes se jugarían la vida y debían ponderar factores tan desproporcionados y desconocidos como el hecho de que si salían más temprano de lo prudente (concepto el de la prudencia que caducó en la montaña, donde toda la epopeya estuvo marcada por la imprudencia), arriesgarían la vida de todos.

Este manejo de los tiempos pautó de forma desesperante toda la peripecia. ¿Cómo medir el tiempo cuando es

a costa de amigos que se mueren, cómo sopesar la cantidad de cadáveres que les restan para alimentarse, cómo adivinar el costo de la inanición galopante, cuando sabían, porque lo aprendieron, que hay un punto de no retorno, cuando por más que se puje es imposible remontar la cuesta?

El reloj que pautó la cuenta regresiva, la carrera contra el tiempo, fueron los muertos. No hay estadísticas, no hay experiencia, no hay teoría, porque nunca había sucedido algo semejante. Todos sufrieron y no hay forma de medir la intensidad con que lo hicieron. Los que salieron despedidos cuando el avión impacta contra la cumbre de la montaña y se parte en dos; los que volaron cuando el fuselaje se desliza vertiginoso por la ladera de los Andes o los que mueren aplastados por hierros y asientos cuando se detiene abruptamente contra la berma de nieve. Los que mueren en la noche del accidente; los que mueren después, por las heridas; los ocho que mueren sepultados bajo el alud y los tres que sobrevivieron buena parte de la epopeya y fueron precipitando las salidas de las expediciones. Pujaron por vivir todo lo posible, hicieron el pacto de entrega mutua, sufrieron la humillación de tener que comer cadáveres, la claustrofobia del alud, vivieron toda la agonía, pero quedaron en la orilla, sin recibir la recompensa.

El medio siglo puede ser un momento propicio para ajustar el foco en los que no volvieron, los que dejaron una estela de dolor lacerante que nunca termina de cicatrizar en sus familias y amigos.

De los malheridos en el accidente, la última en morir fue Susy Parrado, la hermana de Nando.

Los ocho que murieron en el alud hicieron todo lo que pudieron, o más, para salvarse y salvar a los demás.

A Marcelo Pérez del Castillo le correspondió la dura tarea de hacer el aterrizaje de emergencia en la sociedad de la nieve, lo que hizo con coraje y gentileza, con una hidalguía que contagió a toda la peripecia, hasta el último minuto.

Juan Carlos Menéndez, que solo conocía a Numa Turcatti y a Pancho Delgado, y que llegó al avión de casualidad, estuvo siempre a la orden para lo que se necesitara, con su perfil bajo, sin estridencias.

Enrique Platero, con un físico privilegiado, refleja como nadie el estoicismo: se olvida de inmediato de la herida en el estómago, por la que pierde sangre y se debilita y está presente en todas las tareas fuertes.

Diego Storm, dedicado estudiante de segundo año de Medicina, si bien no es “médico de guerra”, como Roberto Canessa o Gustavo Zerbino, puso todo su conocimiento y ternura para salvar a Nando Parrado y atender heridos desde el primer momento del desastre.

El Soldado de Primera Técnico Especialista Carlos Roque, el mecánico del avión, que tras el accidente pierde la cadena de mando, había aprendido los conceptos de disciplina y jerarquía militar en la Escuela Técnica Aeronáutica y queda a cargo de ese avión de la Fuerza Aérea, aunque no sea más que un montón de hierros contrahechos, mientras en su casa en Montevideo lo espera un niño de un año y cinco meses. Y aun así se integra al grupo y ayuda en lo que puede, como cuando les pide que busquen las baterías en la cola del avión para intentar hacer funcionar la radio.

Daniel Maspons, el único varón de una familia con cuatro hermanas mujeres, puja desesperadamente por salir porque sabe que, si no vuelve, su padre no podrá sobreponerse, y esa consternación es una de las razones por

las que participó en la temeraria expedición del día once, donde aprendieron de sus carencias y supieron un poco más sobre cuán perdidos estaban.

Gustavo “Coco” Nicolich es un luchador y su personalidad se refleja en las dos cartas que escribió en la montaña, redactadas a tirones, por impulsos, sin fecha de vencimiento ni destinatario asegurado, mostrando esa zona gris que en un mismo párrafo traduce la esperanza y la agonía, porque ya viven en un plano de conciencia que no es real ni irreal. Escribe que quienes emprendieron la primera expedición el día cuatro “demostraron ser de los tipos más valientes de los que quedaron”, mencionando a Numa Turcatti, y destacando el rol de los “médicos”, Canessa, Zerbino y Diego Storm. También aborda el tema más espinoso con coraje y entrega: “Una cosa que te va a parecer increíble y a mí también me parece; hoy empezamos a cortar a los muertos para comerlos, no tenemos otro remedio (...). Como lo único que interesa es el alma, no tengo por qué tener un gran remordimiento y si llegara el día y yo con mi cuerpo pudiera salvar a alguien, gustoso lo haría”.

Liliana, con sus cuatro hijos esperándola en Montevideo, era la madre del avión, la que con una caricia curaba mejor que cualquier medicina que no tenían. Por eso, su hija mayor, María Laura, que tenía diez años en 1972, me cuenta ahora que “mamá en la casa era la misma que fue en la montaña”. En la carta que escribió en los Andes, el 23 de octubre, poco después que escucharon en la radio portátil que no los buscan más, apunta: “Yo creo que esto es una prueba de Dios. Si salimos de aquí, nos dio una experiencia que en mi vida tendré, si no, espero que a mis hijos Dios los ayude y nunca le echen la culpa de nada. Cada persona tiene su destino, espero que la familia

se ocupe de ellos, no quiero dar responsabilidad a nadie, ya sabrán quién los tomará”. Y termina: “No se imaginan el grupo hermoso de jóvenes que nos acompañan”.

A partir del alud, la muerte es inminente, la vida en el fuselaje es provisoria y tienen que salir cuanto antes, aunque no saben cómo, ni a dónde, ni cuándo. La muerte de los últimos tres payoutó el tramo final, cuando el tiempo se aceleró exponencialmente. Cuanto más se estira y se sufre, más se acortan los plazos, que ya no se miden en días, ni en horas, sino en los latidos de los corazones que languidecen. “Si no se apuran, no llego”, le dice el inquebrantable Rafael “Vasco” Echavarren al amigo que hizo en la montaña, Daniel Fernández.

La muerte de Arturo Nogueira, el 15 de noviembre, precipitó la salida de los tres expedicionarios, que partirían dos días después, el 17, rumbo al este, cuando encuentran la cola y descubren la clave para dormir en la alta montaña, el material aislante para el saco de dormir. Arturo, de veintiún años, era un joven sensible e inteligente, jugador del Old Christians, hábil en todos los deportes. Y, como lo cuenta en la carta que escribió en la montaña a su familia, en el accidente se le quebró una pierna y se le inflamó el tobillo de la otra, manteniéndolo tullido, la mayor parte del tiempo en las hamacas colgantes junto al Vasco Echavarren. Coche Inciarte describe la forma en que lo conoció cuando salía del fuselaje para colaborar en lo que podía. “Cuando logramos fabricar agua vi el primer acto de misericordia de la montaña. Arturo Nogueira hizo un litro de agua rosada porque usaba una botella que tenía un resto de vino, y empezó a pasar la botella sin probarla él primero, dejando para tomar al final, y éramos veintisiete vivos, daba para mojarte los labios, nadie pegó un trago más largo y cuando la botella volvió a Arturo,

estaba vacía, y si no había sol, pasaba dos días sin tomar agua. No la había hecho para él, la había hecho para los demás”.

En noviembre Arturo se debilita. Sus conversaciones anteriores sobre la vida en sociedad, sobre la utopía en el llano, se transforman en metafísicas, poniendo de manifiesto algo que todos están viviendo. La espiritualidad crece a medida que se aproxima el final. La carta que escribe a su familia y a su novia poco antes de su muerte termina así: “Fuerza que la vida es dura, aunque merece vivirse, aun en el sufrimiento. Valor”.

El 3 de enero de 1973 el padre de Arturo publicó, en nombre de la familia, una carta en el diario *La Mañana* de Uruguay que operó como un bálsamo para los sobrevivientes: “Estas breves líneas, surgidas por un imperativo ineludible de nuestros corazones, desean rendir, públicamente, nuestro homenaje de admiración y reconocimiento a los dieciséis jóvenes héroes sobrevivientes de la tragedia de los Andes”. Y más adelante, agrega: “Invitamos a todos los ciudadanos de nuestra patria a unos minutos de meditación, sobre la inmensa lección de solidaridad, coraje y disciplina que nos han dejado estos chicos, y que ella nos sirva a todos, para aprender a dejar de lado nuestros mezquinos egoísmos, desmedidas ambiciones y desinterés por nuestros hermanos”.

El Vasco Echavarren murió el 18 de noviembre, un día después de partir la expedición rumbo al este. “El Vasco se ofrecía a salir, se ponía de pie, pero se caía, porque le faltaba una pierna, que estaba muy herida, porque el injerto, cuando le pegamos el trozo que se había desgarrado, sin antibióticos, no había funcionado. Entonces yo decía: ‘el Vasco quiere salir con una sola pierna y ustedes con dos no se deciden’”, cuenta Gustavo Zerbino.

“Cuando subía a su hamaca a hacerle compañía le preguntaba si le dolía la herida, o si tenía frío, y él siempre me respondía que no, que no le dolía, que estaba bien, pero yo me daba cuenta que le dolía, porque si le rozaba la pierna sin querer, saltaba, y yo me congelaba, o sea él también lo hacía, pero jamás se lamentaba porque sabía que sus quejas agregarían desasosiego en ese infierno”, relata Daniel Fernández.

El Vasco no escribió cartas: “yo no escribo porque voy a contarlo personalmente”. Daniel Fernández fue el primero en regresar a Montevideo, junto con Bobby François, el 24 de diciembre, después del mediodía. Quería volver cuanto antes e irse al campo, a la naturaleza verde, sin gente que lo acosara, pero tenía un compromiso previo ineludible, no bien llegara: “yo era la carta que el Vasco nunca quiso escribir”. En el auto hacia su casa, su padre le contó un hecho que lo dejó atónito: en el período del limbo de la búsqueda había trabado una intensa amistad con Ricardo Echavarren, el padre del Vasco, intercambiando informaciones, analizando la cordillera, que Ricardo recorría en avionetas, moviendo cielo y tierra, similar, en todo, al vínculo que Daniel había trabado con su hijo en la montaña. No bien llegaron a la casa, su padre llamó a Ricardo, como Daniel quería. A la mañana siguiente, 25 de diciembre, muy temprano, vino toda la familia, sus padres, sus tres hermanas y su novia. Daniel empezó a hablar, a contar todos los detalles de la penuria del Vasco en la montaña, su entereza. La familia lo escuchaba en silencio, no volaba una mosca, y aunque el relato era duro, no había llantos, ni exclamaciones o lamentos. “Pero lo más increíble de esa reunión del 25 de diciembre es que a medida que les contaba, me daba cuenta de que esa familia

era exactamente igual a cómo la imaginaba cuando escuchaba los cuentos del Vasco”. Beatriz Echavarren, su hermana menor, me cuenta que “en casa jamás se quitaron las fotos de Rafael, o jamás se insinuó que ‘acá nadie más se puede reír’. Lo que sí ocurrió es que mi madre se quiso mudar de casa. En el apartamento de la calle Ponce estaba el dormitorio de Rafael y eso le provocaba tristeza”.

Un mes después, en enero de 1973, Ricardo Echavarren llamó a Daniel Fernández para anunciarle que iría a los Andes a buscar el cuerpo de su hijo para cumplir con el deseo que tantas veces expresó en la montaña de que saldría de allí, acompañado por el padre de Gustavo Nicolich. Ricardo llevó a su hijo a caballo hasta que, cuando llegó a la ciudad más cercana, San Rafael, lo detuvieron porque faltaba la documentación correspondiente para transportar un cuerpo. Cuando lo liberaron, lo trajo de regreso un avión de la Fuerza Aérea Uruguaya. “Y lo enterraron en el panteón 571 del Cementerio del Buceo, el mismo número que tenía el avión que se cayó en la montaña, acompañado por los sobrevivientes y muchas familias de los que no volvieron”, cuenta Daniel. Algunos compañeros de los Andes tomaron las asas del cajón hasta la tumba.

Numa Turcatti, como el Vasco, también viajó de casualidad, no pertenecía al Old Christians y de los que sobrevivieron al accidente solo conocía a Pancho Delgado, su amigo de toda la vida. Cumplió veinticinco años el 30 de octubre, sepultado bajo el alud. Era musculoso, de complexión fibrosa, aunque no demasiado alto. Numa era, además, un personaje especial. En la carrera de postas de la montaña, colaboró en todas, desde el primer momento, sin medir jamás el riesgo, sin hacer el más mínimo cálculo sobre la energía que entregaba y la que debía reservar

para él. Participó en la expedición del día cuatro, en la salida desesperada del día once, poco después de escuchar por la radio que suspendían la búsqueda, y siempre quiso participar en las expediciones finales, aunque una herida que sufrió durante el alud se le había infectado y empeoraba día a día, porque sus cuerpos ya no tenían defensas.

“Formado como persona desde los pantalones cortos, maestro del amor, amado por siempre, Numa Turcatti”, como lo definió Gustavo Lussich, un compañero de infancia y juventud en el colegio en el que había estudiado, el Sagrado Corazón de los jesuitas en Montevideo. En el avión, en esos pocos días de tragedia, se ganó el cariño y la admiración de todos. “Cuando hablo de Numa me pongo a llorar: es la mejor persona que conocí en mi vida”, dice Coche Inciarte. “Si yo contenía a los que flaqueaban con ternura, Numa lo hacía mucho mejor porque nunca se cansaba. Siempre estuvo pendiente de la angustia de todos. Irradiaba paz, jamás claudicó, cuando él se acercaba yo sentía como si bajara Jesucristo, con la misericordia a flor de piel, en la mirada. No sé de dónde sacaba tanta fuerza”.

Nando Parrado recuerda que Numa vio algo muy angustiante en la expedición del día once. “Gustavo Zerbino no nos decía la verdad por entero, para no desanimarnos. Cuando yo le preguntaba a Numa, no sabía mentir, y me decía: ‘hasta donde llegamos, se ven más montañas’. Pero igual él siempre quiso ser expedicionario. ‘Yo quiero ir’, me decía, pero yo me daba cuenta que no podía, se había desgastado demasiado y estaba herido”. Entonces Numa se acercaba a Daniel Fernández, sabiendo que tenía predicamento sobre los otros e intentaba convencerlo: “ ‘yo puedo, Daniel, créeme que puedo’. Como yo le decía que

la herida se lo impedía, él volvía a trabajar más fuerte, como un toro, sacando nieve para desenterrar el avión tras el alud, para demostrar que sí, que podía”.

Si conocemos a su familia, lo comprendemos mejor. “En casa siempre nos enseñaron que tuviéramos el mismo respeto por todas las personas por igual”, cuenta Daniel, su hermano menor. “Éramos una familia sencilla donde se fomentaba que fuéramos genuinos, sin máscaras. Se valoraba el esfuerzo y papá predicaba con el ejemplo, trabajando de sol a sol. Mamá aportaba la ternura, la incondicionalidad para con sus hijos. Eso se traducía en que todos los amigos preferían venir a casa, siempre eran bienvenidos, y por eso la casa era una romería de gente, con cinco hermanos, cuatro de ellos varones. A su vez Numa encarnaba bien el lema del colegio al que íbamos, *‘ut serviam’*, ‘para que yo sirva’, o ese otro que lo define: ‘vivir la vida de tal suerte, que viva quede en la muerte”.

“Era una familia tan armónica que mi mejor juventud la pasé con ellos”, asegura su amigo Pancho Delgado. “Era humilde pero no sumiso, tenía su temperamento. Jugando al fútbol era medio polvorita, no toleraba el juego sucio, aunque jugaba fuerte”, añade su hermano Daniel. “No permitía que se hablara mal de los amigos, nunca lo escuché criticar a nadie, tenía una lealtad exacerbada, lo que le puede haber jugado en contra en la montaña, porque no sabía ser egoísta”.

“Nunca me lo imaginé viviendo en el llano, porque lo conocí y lo quise en aquel tormento de los Andes”, sostiene Coche. “Le costaba comer, igual que a mí. Lo hicimos en el límite, apenas para sobrevivir, yo bajé cuarenta y cinco kilos, él bajó más. A partir del alud se le infectó la pierna, como a mí. Los dos nos operamos juntos, con una

hojita de afeitar. Pero él se deterioró un poco más que yo, porque había entregado mucho, había sido demasiado generoso. Por eso Numa es el último que muere y el primero que se sacrifica”.

“Numa se inmola para provocar la salida de los expedicionarios, como si dijera: ‘si me muero ahora, primero dejo de sufrir y además los impulso para que se vayan”’, asegura Gustavo Zerbino, que fue quien encontró la nota que Numa escribió en su mano cerrada. “Con ese mensaje les hablaba a los expedicionarios: ‘les toca a ustedes’. Lo miré a Roberto y Roberto me responde: ‘ya está, salimos mañana”’. “Y ninguno de los diez días de la expedición final nevó, y hubo luna llena. No cayeron en una grieta y cuando tropezaron con un río que podía bloquearles la salida, eligieron el lado correcto, que les permitió continuar. Y al final encontraron a un arriero generoso”, culmina Coche.

Tiempo después del regreso a Montevideo, algunos sobrevivientes quisieron visitar a la madre de Numa –su padre había muerto- para hablarle de lo que había sido su hijo en la montaña. El hermano menor, Daniel, que estaba presente, lo recuerda así: “Mamá escuchaba en silencio. Ellos hablaban, uno a uno, mientras mamá revivía la vida de su hijo, ese agujero que nunca se llenó. De repente les pregunta: ‘¿en algún momento Numa les falló?’... y en cierto modo recibió la respuesta que quería escuchar, que tampoco le sorprendió, pero le reconfortó confirmar lo que ella siempre creía: la muerte de su hijo no había sido en vano”.

Juan Antonio Bayona

En abril de 2017 conocí, en Londres, a Juan Antonio Bayona, el cineasta español que en pocos años se convirtió en uno de los más prestigiosos del mundo. Desde hacía seis años “Jota”, como le dicen sus más cercanos, estaba muy interesado, junto con su compinche y productora Belén Atienza, en hacer una película basada en el libro *La sociedad de la nieve*. Como manifestó públicamente, el libro había sido fuente de inspiración durante el rodaje de su película *Lo imposible*, leyendo fragmentos a los actores. Incluso el título, *Lo imposible*, se inspiró en una idea recurrente de *La sociedad de la nieve*.

Su sensibilidad y talento me cautivaron de inmediato, como luego cautivaron a los sobrevivientes y a las familias de los muertos que conoció. Trabajamos muchos años en la versión que él quería hacer, en Madrid, Barcelona y Montevideo, donde en 2018 entrevistamos largamente, una vez más, a los sobrevivientes y algunos amigos de los que no volvieron. Al fin Jota encontró lo que consideró que era la forma más adecuada de narrar la peripecia.

El 30 de julio de 2021 fuimos con Jota Bayona y Gustavo Zerbino a la Biblioteca Nuestros Hijos, donde nos recibieron muchos de los hijos de las madres que impulsaron esa iniciativa, en memoria de los que no volvieron de la montaña. Jota quiso contar el punto de vista de la película y cuando comenzó a explicar que quienes suelen considerarse héroes en la sociedad del llano no siempre cumplen su destino en la sociedad de la nieve, sino que mueren en la orilla haciendo todo el sacrificio, pero sin recibir ninguna recompensa, se le nublaron los ojos y la voz se le entrecortó. Todos entendieron perfectamente lo que quería decir. No conocía a ninguno de los presentes, pero

era como si los conociera desde hacía muchos años, mientras recreábamos la historia de lo ocurrido en los Andes.

Poco después, el 2 de agosto, fuimos con Jota y el actor uruguayo que interpreta a Numa, Enzo Vogrincic, a conocer la casa donde vivió sus veinticuatro años, en la calle Tapes, en el Prado, donde ahora funciona una organización de fomento rural. Nos acompañaron los únicos hermanos que permanecen con vida: Isabel, la menor, y Daniel. Isabel observaba atentamente a Enzo mientras recorríamos la casa, el comedor donde estudiaba con sus amigos, el dormitorio que compartía con sus hermanos, el sótano donde los varones jugaban al fútbol, con los mismos placares de madera que todavía muestran las huellas y los abollones de los pelotazos. El tiempo comenzó a diluirse. Cuando llegamos al fondo del caserón donde de niños, en los días de lluvia de verano, Numa competía corriendo con Daniel desde una fuente hasta la pared lindera para llegar ensopados de regreso, Isabel tomó la mano de su hermano mayor (Enzo), como si hubiera acabado de ganar otra carrera.

El 8 de octubre de 2021, poco antes de que los actores viajaran a España para el rodaje (a Barcelona primero, para los ensayos y luego a Sierra Nevada, además de lo que se filmaría en los Andes argentinos y chilenos, en Uruguay, en Chile y en España otra vez), se organizó un encuentro con los sobrevivientes, en un Club House de un barrio en las afueras de Montevideo. La reunión se fue cargando de una energía diferente, como si todos estuvieran a diez centímetros sobre el piso. Miraras donde miraras se veía una escena sobrecogedora: un grupo de sobrevivientes giraba en torno del capitán Marcelo, para buscar las diferencias físicas porque era demasiado parecido; a Daniel Fernández todos le llamaban Francisco, a

Tintín le decían Agustín, los nombres de los actores, con la misma naturalidad con que los sobrevivientes llamaban a los actores con sus propios nombres, al punto que había un momento en que uno no sabía quién era quién.

Hablaron todos los sobrevivientes y algunos, como Gustavo Zerbino, se refirieron a los muertos. Luego hablaron los nuevos pasajeros del avión. Susy Parrado leyó un texto que había escrito sobre la muerte y todos decían que lo que estaban viviendo no podía ser verdad, ni real, que estaban tocando el cielo con las manos, o las estrellas, como dijo Diego Storm, porque estaba muerto.

El 10 de enero de 2022 comenzó el rodaje en Sierra Nevada, Granada, en uno de los tres fuselajes rodeados de nieve recreados hasta en las minucias, en el Base Camp Peñones. (Otro está a más de tres mil metros, en la montaña, en un paisaje insólitamente similar al Valle de las Lágrimas, aunque en otra escala y el tercero en un valle rodeado de olivos). El plató se encuentra dentro de un gigantesco hangar donde está el avión destruido, con niebla y pantallas que recrean el escenario del Valle de las Lágrimas. El avión acaba de estrellarse, está nevando y todos se estremecen. Jota Bayona, como algunos actores, se había infectado una semana antes con el virus del covid, le faltaban dos días para terminar la cuarentena y teledirigía con voz firme y emocionada por un altoparlante, que nadie sabía de dónde provenía.

La voz de Jota ayuda a ubicarse, en el lugar, en el momento y en el estado espiritual de la tragedia. Una multitud de técnicos, fotógrafos, camarógrafos, *gaffers*, sonidistas, continuistas, vestuaristas, maquilladores, de efectos especiales, médicos, enfundados en abrigos de montaña, con gorros, guantes y tapabocas, van de aquí para allá, encienden y apagan lámparas, mueven asientos del avión,

corren obstáculos, cadáveres, se trepan en andamios, operan una grúa gigantesca, como sombras. Abro y cierro los ojos y son como zombis, en un caos que, a diferencia del otro, está controlado.

Los actores, en mangas de camisa, tiritan y deambulan a tientas, intentando entender qué ocurrió, dónde están, orientados por la voz de ultratumba, que cada momento parece provenir de más lejos. De pronto el rodaje hace una pausa y se abren las enormes puertas del hangar. Miro a un lado y al otro y es el mismo paisaje, la montaña, la niebla, el frío, la ventisca; miro a un lado y al otro y no sé cuál es real, o irreal.

Los actores salen del fuselaje, algunos murieron o van a morir, otros se están salvando, la voz del más allá los sigue guiando. Estoy tan desorientado como ellos, me acerco por un instante a la cornisa en la que vivieron en octubre de 1972, oscilando entre la vida y la muerte. Nos estamos transportando.

P. V.
Junio de 2022